

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales
C 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
C 1.25 cada semana.

Nº.
852

SANTORAL

Dom. 16	† 22º Después de Pentecostés. Santos Quirico y Julita, mrs.; Galo, ob.	Juev. 20	San Silverio, papa; Pablo y Ciriaco, mrs.
Lun. 17	Santos Isauro, Montano, Adriano y Nicandro.	Viern. 21	Santa Ursula. Terencio y Martín, obs.
Mart. 18	San Lucas, evangelista; Ciriaco y Paulo, mrs.	Sáb. 22	Santos Paulino y Elodia, Nicetas y Juan, obs.
Miérc. 19	San Pedro de Alcántara, Gervasio, Protasio y Gaudencio, mrs.		

CUARTO MENGUANTE, a las 11.45 a. m.

Domingo XXII después de Pentecostés

Evangelio según San Mateo—Cap. XXII.

En aquel tiempo: Los fariseos se retiraron a tratar cómo podrían sorprender a Jesús en lo que hablase. Y para esto le enviaron sus discípulos con algunos herodianos, que le dijeron: Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino o la ley de Dios conforme a la pura verdad, sin respeto a nadie, porque no miras a la calidad de las personas. Esto supuesto, dínos, qué te parece de esto; ¿Es o no es lícito a los judíos, pueblo de Dios, dar tributo al César? A lo cual Jesús, conociendo su refinada malicia, respondió: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Enseñadme la moneda con que se paga el tributo; y ellos le mostraron un denario. Y Jesús les dijo: ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? Respóndenle; del César. Entonces les replicó: pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

Aplicación moral

Con las palabras del Evangelio de hoy, tenemos los católicos respuestas satisfactorias a cuantas preguntas puedan ofrecerse en las relaciones político sociales. Sabemos que la política no es sino la prudencia y la moral aplicada al gobierno de los pueblos; por lo mismo un buen católico puede ser un buen político, la política encontrará en la conciencia nuestra el mejor auxiliar para sus aciertos; el interés por la cosa pública es un deber ciudadano, que nadie deja incumplido sin faltar a su conciencia cristiana; y aunque para muchos sea más cómodo dejar correr los acontecimientos sin preocuparse de ellos, reservándose solo el protestar o lamentarse de las consecuencias, será preciso proclamar muy alto, que lo más cómodo no es lo más justo, ni lo que debe tener en cuenta un discípulo del Evangelio, ley de sacrificio y de valor, para aceptar las responsabilidades a que la vida nos exponga. El discípulo de Jesucristo mira atentamente si la política vulnera algún derecho sagrado del alma; y si le exige lo que es de Dios, la educación de sus hijos, el honor debido a Dios, la fe en la palabra revelada; se le compromete en empresas inmorales, si, en una palabra, invade los derechos de Dios, en ese caso sabrá dar a Dios lo suyo; reparar en el sello e inscripción que su alma lleva impresos, y morir antes que entregar al César lo que es de Dios.

En los tiempos que corremos, se hace general el desconocimiento de esta distinción; se sostiene como tésis la oposición sistemática entre los deberes públicos y los deberes cristianos, y en esa oposición encuentran muchos que se llaman buenos, excusas para claudicar y dejar incumplidos los de-

beres de su conciencia cristiana. Repitamos por tanto: no, no hay tal oposición fundamental: el conflicto lo provocan los hombres, no las cosas, está en la pasión que ciega, no en la realidad; pues si todos los poderes emanan de Dios, es evidente que, en sí mismos, no pueden ser contradictorios ni excluirse mutuamente, sino que se completan y se armonizan. Buscar esa armonía es prudencia, consultar en cada caso al magisterio de la Iglesia, es mayor prudencia, y seguirlo, es elemental discreción para no equivocarse en cuestiones de tanta monta, como son las del orden social cristiano o en relación con nuestra eterna salvación.

Para hacer separación y crear en la vida práctica el dualismo del hombre y del cristiano, dar su nombre a asociaciones políticas, porque se declara que ellas no quieren ocuparse de la religión, que sólo se ocupan de lo que es del César y prescindan de lo que es de Dios, es quizá el error más común entre los que se llaman católicos y leen periódicos liberales, y fomentan instituciones ateas y escuelas neutras. Los tales han encontrado una solución al problema fariseo-herodiano que no ocurrió a la inteligencia infinita de Jesús; negar el supuesto, negar los términos del dilema; en su caso no existe Dios ni el César, existe su razón que unas veces representa el papel de Dios y otras (casi todas) el papel de César, ocupando todo el campo de su conciencia: el César es, para los que se sitúan así fuera de sus realidades de la vida, su comodidad; sacrificar todo a la conveniencia del momento. De estos cesaristas hay muchos que comulgan.

CARTA PASTORAL

DEL ILUSTRÍSIMO DOCTOR RAFAEL OTÓN CASTRO
Y JIMÉNEZ.

Al Venerable Cabildo Metropolitano, al Clero y a los fieles de nuestra Arquidiócesis.

Vemos en efecto, con profundo dolor, Venerables Hermanos y amadísimos hijos que la sociedad moderna no escucha la voz del representante más directo e inmediato de Dios en la tierra que es el Papa. Conforme a la calificación que daba el Apóstol a los de su tiempo, «*omnes quæ sua sunt quærunt*», (Filipenses 2, 21) todos con refinado egoísmo buscan solamente su comodidad y bienestar personal y llenar sus ansias de placer y de dicha terrenal. Observamos también por todas partes la falta de fe que se refleja en esa creencia insensata de que el dinero es el remedio y la panacea eficaz para todos los males sociales. El mundo adora el becerro de oro, ese falso dios que es fuente de iniquidad y sensualidades; y se olvida de que *todo bien y todo don vienen de lo alto* (Santiago 1, 17) y que no son las riquezas las que pueden darnos verdadera y consumada felicidad. Contemplamos con asombro, cómo a pesar de quejarse a los cuatro vientos de una gran crisis material, crece cada día en la sociedad y a veces con loco furor el afán de diversión, de calle y por ende de abandono del hogar, de bailes, de vanidades de toda clase y frivolidades perniciosas. Salta a la vista, hasta de los mismos mundanos, la liviandad y la falta de pudor que se están enseñoreando de tantas niñas, jóvenes y señoras católicas, pues ya nada temen ni de nada se escandalizan en materia de trajes, como los de ahora tan indecorosos y tan ridículos en su afán de exhibición corporal, que lejos de atraer los sentimientos nobles del corazón y la admiración de la inteligencia por la verdadera belleza y elegancia, sirven de incentivo a los bajos instintos del hombre, acumulándose sobre esas pobres conciencias femeninas multitud de pecados ajenos. ¿Cómo podría explicarse que se llenen de gentes de todas las clases sociales los parques, los teatros, los cines, los salones de baile y se derroche el dinero en el lujo y en el placer en tanto que otros perecen de miseria y enfermedades? Porque ya no se trata de las honestas diversiones y recreos que a cada uno le es lícito tomar en la vida, sino de un afán desenfrenado, aun en los días y en las horas que han de ser más del hogar y del trabajo. En cambio, si exceptuamos la asistencia a la Santa Misa que tienen todavía como un sagrado deber los que se precian de ser verdaderamente católicos, notamos muy escasa concurrencia de fieles a los otros ejercicios piadosos que como el Santo Rosario, se hacen en las tardes o en las noches en los templos, fuera de que una gran mayoría considera el deber de ayudar al culto como el de dar unas pobres piltrafas a un mendigo. Por otra parte nos angustia el descuido tan grande de los padres de familia en educar cristianamente a sus hijos. Se muestran a veces muy preocupados por legarles una fortuna y hacer que aprendan algo en la escuela o conquisten una profesión, pero nada hacen por la formación religiosa acompañada del buen ejemplo en el mismo hogar en todo lo que atañe a esas almas, de las cuales Dios les pedirá estrecha cuenta en el día del juicio. Una de tantas pruebas que podríamos aducir es el contraste que presentan los campos y plazas de juegos, llenos de niños y de jóvenes, con los templos escasamente concurridos por esa clase tan importante de la sociedad. Y no porque hicieron mal sencillamente por dedicarse a los juegos de sport, sino por el descuido y la omisión de los deberes de su alma para con el Creador, pudiendo siempre hacer aquéllos sin dejar éstos que son de primer orden en la vida humana que, no es solamente cuerpo sino ante todo alma espiritual. A todo este cúmulo

de males se agrega el de la tibieza espiritual aun en aquellas personas que podrían correr con más facilidad en el camino de la santidad. Por desgracia hasta en el devoto sexo femenino de nuestra sociedad se van introduciendo costumbres importadas de países paganos o del protestantismo, como la moderna falta de pudor que se necesita para presentarse con trajes ligeros en baños y espectáculos públicos. Y nos haríamos interminables, Venerables Hermanos y amadísimos hijos, si viniéramos ahora a la consideración de los males sociales que provienen de doctrinas erróneas y contrarias a nuestra fe católica. Unas se cubren con la capa aparente de un bien que nunca dan; otras con la especie falsa de patriotismo que no pasa de pura palabrería; muchas en fin con el engaño de venir a componer todos los males de la sociedad. No vamos a entrar en consideraciones concretas, pero no queremos dejar pasar en silencio la grave advertencia del glorioso Pontífice reinante de la Iglesia católica, de que entre todos los errores y males de la sociedad *ninguno tan peligroso para la Iglesia y la civilización humana como el socialismo y su rama más violenta que es el comunismo*. (Encíclica «Cuadragésimo anno».)

Aleccionados por el Divino Maestro, busquemos primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se nos dará por añadidura. El mundo confía en el poder del dinero y se olvida de Dios. Cuando los grandes del poderoso Imperio Romano fueron más ricos porque habían arrastrado en pos de sus carros triunfales de guerra las riquezas de una gran parte de la tierra, fué precisamente cuando vino su decadencia y con ella la ruina, pues el oro y la plata con que fabricaron soberbios palacios y se entregaron a toda clase de lujo y refinamiento de los goces sensuales, les arrebató las fuerzas del espíritu para la virtud y debilitó las del cuerpo para el trabajo de la tierra y la defensa de sus grandes conquistas. No es pues la abundancia de dinero la que ha de remediar nuestros males, pues la crisis del mundo es ante todo moral y espiritual. (Seguirá)

EL COMUNISMO Y SU REMEDIO

X

Atrás el comunismo, como decíamos en el número anterior, y volvamos decididamente a las enseñanzas divinas de Jesucristo, porque como afirma el Doctor de las Gentes, en El están los tesoros inagotables de la ciencia, de la curación, de la sabiduría, que ahuyentan las tinieblas de la ignorancia y curan las dolencias de la humanidad en el orden físico y moral.

Parodiando las palabras del Profeta Rey bien podemos decir al obrero de nuestros tiempos: «entra, hijo mío, dentro de tu corazón, porque la tierra está desolada por cuanto ninguno recapacita, reflexiona y piensa en tu corazón, estudiando las causas reales de las hondas aflicciones, que abruma la humanidad».

Ilusionado el obrero con los encantos de la vida moderna, que ante su vista se pasea y provoca, maleada en su origen la inteligencia por el pecado, corrompida por el medio libertino en que actúa y fascinado por el embelesador paraíso terrenal prometido, oye entusiasmado los halagadores cantos de la sirena del comunismo y marchando en pos de su estandarte, y a los acordes del himno Internacional, repite con frenesí las palabras sagradas de la Biblia, puestas en boca de los impíos: «Comamos y bebamos, coronémonos de rosas antes que se marchiten, porque mañana moriremos».

El camino trillado del comunismo económico, considerado a la luz de la razón natural, conduce forzosamente al hombre a la más ominosa esclavitud y arranca de su alma, redimida con la sangre de Jesucristo, el ideal sublime de la vida futura prometida, que dulcifica y sobrelleva las inevitables miserias, trastornos, tristezas, dolores, enfermedades

des y la muerte, que son consecuencias y estipendio merecido del pecado.

Locura inconcebible, es por lo tanto, que nuestros obreros, olvidando y despreciando las doctrinas de sus mayores, las virtudes mismas recibidas de sus progenitores, por estar en fuerza de las circunstancias difíciles en gremios sindicalistas, se lancen desenfrenadamente a los más abominables excesos, incluso al crimen, como recientemente acaeció en el hecho sangriento de la ciudad de Guadalupe, que enlutó no solamente las familias de las dos víctimas, sino a la nación entera, haciendo vislumbrar los fulgores del terrorismo sindicalista, que parece entronizarse en esta tierra tranquila y pacífica.

Nunca está justificada la violencia. Solamente Dios tiene dominio absoluto sobre nosotros. El hombre ladrón y asesino son seres degenerados en principio. Nunca está justificado el crimen en cabal juicio. El hecho, pues perpetrado en Guadalupe, es simplemente un hecho vandálico, salvaje, indicio seguro de la degeneración moral de los criminales, que arrastrados por sus bajas pasiones de odio y venganza, cumplen las enseñanzas impías del famoso Hobbes: «Es el hombre para el hombre un lobo» una fiera, una verdadera hiena, que se ceba en la sangre de sus hermanos. Esos y no otros son los frutos del comunismo revolucionario, que atenta contra la vida del individuo y de la sociedad.

Colocados nuestros obreros en el plano inclinado de las teorías del comunismo, que aquí se viene enseñando solapadamente, rodarán sin remedio a las últimas consecuencias, en plazo mas o menos lejano, porque «un abismo llama otro abismo». Es de todo punto necesario intensificar en el hogar, en la familia, en la escuela y sobre todo en el templo la educación moral, cristiana de los niños, futuros hombres del mañana.

La formación del corazón del niño, de la juventud, que se debe cuidar mas que las niñas de nuestros ojos, debe constituir hoy en todas las naciones, la más grande preocupación del profesorado, del sacerdocio católico.

Aplaudimos con toda nuestra alma el adelanto y progreso material de la enseñanza en Costa Rica, que orgullosa ostenta número considerable de edificios escolares, donde sus niños aprenden la ciencia de las letras. Allí enseña indudablemente un número considerable de competentes profesores, hábiles maestros en las ciencias.

Dentro de estos recintos sagrados debe campear por encima de todo la sólida formación del corazón de ambos sexos, sin mezclarlos, ni confundirlos, arraigando en sus almas los principios de la verdadera y sana moralidad cristiana, diametralmente opuesta a lo que se conoce con el nombre de «Moralidad Universal».

Señalamos la escuela, el colegio, la universidad, como el principal elemento civilizador, como el remedio mas eficaz de la gran cuestión social, enseñando a los niños la ciencia del hogar y de la familia, la ciencia de la sociedad en todas sus manifestaciones, la finalidad ideal del hombre hasta la tumba y más allá de la tumba...

Que inmensa responsabilidad gravita sobre los encargados de formar y enseñar el corazón de la infancia.

R. P. C.

POR LA BUENA PRENSA

La época actual con sus múltiples dificultades ha puesto más de manifiesto la necesidad que tenemos los católicos de trabajar por la prensa buena.

Las ideas gobiernan el mundo y el gran medio de difundir las ideas es la imprenta, que obra este prodigio de multiplicar el pensamiento. Los enemigos han comprendido la importancia de la prensa y por eso han desplegado todas sus ener-

gias y se han impuesto sacrificios por sostenerla y difundirla.

Los católicos, empero, estamos adormecidos y sólo favorecemos nuestra prensa cuando la sed de noticias sensacionales nos estimula o cuando nos sobra algo o mucho de nuestros gastos: pero nunca, o rarísima vez ponemos la compra del buen periódico en nuestro presupuesto.

Y no es toda la culpa de la crisis económica, porque a pesar de ella muchísimos de los católicos han continuado yendo al teatro, visitando el café, vistiendo y comiendo como en antes, con verdadero sacrificio no pocas veces. Solamente para la prensa católica, no tenemos 1, 2, 5, centavos, siendo ella impuesta por el mismo instinto de conservación de lo que nos es más caro, las sanas ideas y las costumbres puras.

Entre nosotros nunca se celebran Congresos de Prensa, ni siquiera las llamadas «Semanas» dedicadas a su fomento; y el «día de la Prensa» cuya celebración se inició con tanto entusiasmo, ha caído en desuso, como cosa antigua que ya no es necesaria.

No está fuera de propósito transcribir aquí lo que han dicho acerca de tan importantísimo tópico algunos de los apóstoles de la Prensa Buena.

«La predicación en las iglesias, dice el P. Kir, es insuficiente porque no alcanza sino a un número de personas ya convertidas».

El Cardenal Maffi, dirigiéndose a sus sacerdotes, les decía: «Vosotros predicáis el domingo; pero el periódico predica todos los días y a toda hora. Vosotros habláis a nuestros fieles en la iglesia; el periódico los sigue a su casa. Vosotros le habláis durante media hora, el periódico no cesa de hablarles».

«La influencia de un maestro sobre los alumnos es grande, pero efímera, escribe Mons. Audollent; las palabras pasan; más si los textos escritos las prolongan, interviene entonces otro elemento. El orador popular ejerce en las multitudes una acción profunda; pero su voz se calla, sus efectos se desvanecen, sus razonamientos se olvidan y al fin solo queda poca cosa. Lo mismo sucede con el predicador, si se tiene en cuenta el solo punto de vista humano de su intervención. El impreso, por el contrario, entra como señor en una habitación y se instala en ella. Si se trata de periódico es además esperado con interés. Quizás al principio no se haga a dicho visitante sino una acogida indiferente, pero se le guarda, permanece al alcance de las manos, se le puede volver a tomar como por casualidad y obtener de él una entrevista prolongada. Creéis lo que os dice; sin duda interiormente negáis al principio algunas ideas un poco fuertes, pero acabáis por hacerlos a ellas y os decís que después de todo, es un impreso y que hay al menos un fondo de verdad.

«De allí a asimilarse este alimento, cualquiera que sea su calidad, no hay sino un paso; si es sano, tanto mejor, si está envenenado tanto peor. Sucede entonces en lo espiritual, lo que a esos animales de los laboratorios, a los cuales se hace absorber una sustancia coloreada: al cabo de poco tiempo todo su organismo ha adquirido ese color».

Los enemigos conocen este mágico poder del papel impreso, mientras muchos de los nuestros parecen ignorarlo. No lo olvidemos, que seremos inexcusables, si no nos servimos de esas mismas armas para proclamar la verdad, refutar las calumnias del adversario y defender los derechos de la Iglesia.

Imp. «EL HERALDO», Cartago

NO ES JUVENTUD . . .

No es juventud la juventud viciosa,
la que sin fe, sin religión camina
por la senda del mal, grata al principio,
escarpada después, llena de espinas.

No es juventud la juventud que ríe,
hundiéndose en el fango de la orgía;
no es juventud la que en el vicio impuro
su juvenil espíritu mancilla.

No es juventud la juventud atea,
es un montón informe de ruínas.
La verdadera juventud es grande,

es la que al cielo luminoso mira,
es la que dobla religiosamente
ante el Divino Nombre la rodilla.

J. VICTORIANO GALLO.

Fecundidad del Catolicismo desde los primeros siglos hasta el presente

En los 2.000 años que lleva de existencia, la verdadera Iglesia de Jesucristo ha visto crecer siglo por siglo el número de sus hijos.

A pesar de las oposiciones de todo genero, persecuciones sangrientas, herejías sin número, cismas y defecciones, conducta reprobable de muchos cristianos, aun entre sus mismos pastores; a pesar de la lucha encarnizada que le tienen declarada las potestades del infierno, la Iglesia Santa se conserva en pie, firme e inmovible con la estabilidad que le dió el que la constituyó sobre la roca de Pedro.

La historia del pasado es su mejor garantía para el porvenir.

Los datos siguientes, tomados de las más exactas estadísticas, indican el número de católicos en cada uno de los siglos que han pasado desde la fundación de la Iglesia:

Siglo I	500.000	Siglo XI	70.000.000
II	2.000.000	XII	80.000.000
III	5.000.000	XIII	85.000.000
IV	10.000.000	XIV	90.000.000
V	15.000.000	XV	100.000.000
VI	20.000.000	XVI	125.000.000
VII	25.000.000	XVII	185.000.000
VIII	30.000.000	XVIII	200.000.000
IX	40.000.000	XIX	260.000.000
X	56.000.000	XX	310.000.000

El actual Pontífice Pío XI es el 265° sucesor de S. Pedro. El Sacro Colegio consta en la actualidad de 55 cardenales, de los cuales 26 son italianos y 29 extranjeros. El mundo católico se halla dividido en 1092 arquidiócesis y diócesis de rito oriental, 45 abadías y prelaturas nullius, 256 vicariatos apostólicos, 92 prefecturas apostólicas, 27 misiones y 9 administraciones apostólicas. Los prelatos que han recibido la consagración episcopal son unos 1.700. El número de sacerdotes católicos se acerca a 350.000.

SECCION RELIGIOSA

¿Es cierto que la Iglesia y el clero se ponen al lado de los ricos en su lucha con los proletarios? Así se dice en un papel que ha llegado a mis manos.—P. O.

No señor; la Iglesia no se pone de parte de los ricos contra los pobres, sino que exhorta a todos a cumplir con sus obligaciones.

A los ricos les dice que Dios les ha dado las riquezas para que con ellas se muestren generosos y benéficos, como instrumentos de la Divina Providencia para el socorro de los necesitados. Y a los ricos que no socorren a los pobres, les amenaza con las penas del infierno. El mismo Jesucristo dice que en el juicio final juzgará a cada uno según las obras de beneficencia que ha hecho u omitido, abriendo el cielo a los misericordiosos y lanzando al infierno a los duros de corazón.

Pero la dureza de los ricos no autoriza a nadie para robarles sus riquezas. Y por eso el Cristianismo que amenaza con el infierno al rico avariento, amenaza con semejante condenación al ladrón que injustamente le despoja. Pío X, en uno de los primeros documentos de su pontificado, puso muy clara esta distinción que se ha de hacer entre la *justicia* y la *caridad*. El rico puede estar obligado a repartir parte de sus bienes entre los pobres por *caridad*. Pero si le arrebatan violentamente, se peca contra la *justicia*, que manda dar o respetar a cada uno lo que es suyo.

La Iglesia no se opone a ninguna *reivindicación justa* de los proletarios. Antes bien condena la avaricia, el lujo, la crápula de los ricos. Pero se opone a la injusticia de los unos y de los otros. Condena al Soberano que administra mal la justicia; pero no abona al súbdito que falta a sus deberes de obediencia en todo lo justo al Soberano. Y esto hace aun con los Soberanos que le son desfavorables.

¿NO HAY HAMBRE EN RUSIA?

Leemos en un periódico: «Los habitantes de los pueblos próximos a Mias, hambrientos y desesperados, han invadido la capital de la Rutenia Blanca Soviética en masa, arrasando los almacenes oficiales, que se negaban a facilitarles alimentos. Intervinieron las fuerzas militares resultando muchos muertos y heridos en el choque».

«Comunican de Moscú que el comisario de Comunicaciones ha dado órdenes para que no se despachen billetes de ferrocarril en las regiones afectadas intensamente por el hambre, para evitar que la gente huya a la capital, donde ya se encuentran miles de campesinos de Ucrania y del Volga, que forman filas interminables en los alrededores de los restaurantes y mercados, impresionando a los extranjeros, que es lo que se quiere evitar con la medida apuntada».

PROTESTA DE SU SANTIDAD

En una encíclica dirigida al episcopado mexicano S. S. el Papa renueva su protesta por «los deplorables atentados e inicuas leyes que oprimen la libertad de la Iglesia», pidiendo a los obispos, clero y fieles que protesten enérgicamente contra la ley que restringe el número de sacerdotes por constituir una seria violación de los derechos divinos. La encíclica se titula «Acerba Animi», y en ella el Sumo Pontífice hace ver que mientras la constitución mejicana reconoce la libertad de pensamiento y de conciencia, el gobierno intenta la gradual eliminación de la jerarquía y clero católico, declarando que «aprobar y cooperar con esta injusta ley es un sacrilegio».

El Arzobispo Ruiz y Flores, Delegado Apostólico, ha declarado a la prensa que la encíclica no tiene relación con los recientes acontecimientos, sino que está basada en los numerosos informes que el Sumo Pontífice ha recibido durante un largo período y que hacen ver claramente que se trata de destruir la Iglesia Católica en Méjico.



UNOS MINUTOS DE FILOSOFIA

- Una acción hermosa es una lección desagradable para los que no tienen alientos para imitarla.
- Cada acción mala trae en pos de sí, claro o encubierto, su infortunio.
- La voz de la fama consuela menos a un moribundo que el recuerdo de una buena acción.